

HOMENAJE A VALENTIN PANIAGUA CORAZAO



Capítulo 22

COMITÉ EDITOR

Javier Arias-Stella / Juan Incháustegui Vargas
Alberto Adrianzén Merino / Gustavo Bacacorzo / Marita Castro Pisfil /
Domingo García Belaunde / Marco Jamanca Vega /
Francisco Miró Quesada Canturías / Luis Ortega Navarrete /
Henry Pease García / Marcial Rubio Correa / Débora Urquieta /
Alberto Velarde Yañez / Juan Manuel Velarde



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a Valentín Paniagua Corazao

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010
Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú
Teléfono: (51 1) 626-2650
Fax: (51 1) 626-2913
feditor@pucp.edu.pe
www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición, noviembre de 2010
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-941-5
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-14040
Registro de Proyecto Editorial: 31501361000964

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

LA PROPUESTA REPUBLICANA DE VALENTÍN PANIAGUA.
A PROPÓSITO DEL PRÓLOGO AL LIBRO SOBRE
«MANUEL PARDO Y EL PARTIDO CIVIL»¹

Carmen Mc Evoy

Que el Perú que salía de los años noventa, cuando la historia se había empequeñecido hasta convertirse en la quincena, haya encontrado en Paniagua al hombre necesario en un momento decisivo, demuestra que hay justicia y hasta poesía en la historia.

Luis Jochamowitz, «El presidente que tenía una biblioteca»

Redactar un ensayo introductorio al libro de Valentín Paniagua sobre Manuel Pardo y el Partido Civil es un gran privilegio a la vez que un enorme desafío. Ello porque este texto es algo más que el análisis de una de las etapas más fascinantes de nuestra historia republicana. Su escrito póstumo es, a mi modo de ver, la conversación personal que tiene el autor con otro jefe de Estado quien, al igual que él, desempeñó un papel estelar en una dramática coyuntura histórica. En el marco de un profundo quiebre institucional, tanto Pardo como Paniagua lograron remontar con éxito la crisis de legitimidad que sucedió al horrible asesinato de un presidente y a la cobarde fuga de otro, el que además renegó de la nacionalidad peruana. Lo que realmente estuvo en juego en el Perú, en 1872 como en el 2000, fue la integridad política y moral de la república. Durante esos años de prueba para la nación ambos políticos apelaron a la fuerza imperecedera de ese legado ideológico que Faustino Sánchez Carrión definió como «la aptitud civil de la república», el que resultó invaluable para confrontar a las fuerzas que la tenían secuestrada.

Cuando Paniagua afirma en su libro que la proeza de Pardo fue evidenciar que los civiles tuvieron la capacidad de administrar el Perú «con acierto y probidad» en medio de una «muy aguda crisis», nos parece que estuviera aludiendo a

¹ Prólogo escrito al libro de Valentín Paniagua Corazao, *Manuel Pardo y el Partido Civil. Apogeo y crisis del primer partido político en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso, 2009.

los desafíos y los logros del gobierno de transición que el mismo presidió. Está por demás recordar que dicho mandato transcurre en medio de una de las etapas más sombrías de nuestra historia. Retornar a una tradición republicana fundada en la libertad, la constitucionalidad, la autonomía económica, la dignidad, el mérito, el trabajo, el respeto por la ley, la civilidad, la probidad y la austeridad permitió que, contra todo pronóstico, Paniagua, al igual que lo hizo Pardo en su momento, lograra conducir a la nave del Estado en medio de infinidad de obstáculos y de contratiempos. El profundo amor y la fe en el destino del Perú que ambos mandatarios exhibieron, unidos al gran conocimiento de nuestra compleja y difícil historia republicana, también los asemeja. El paralelismo entre estas dos carreras políticas, que obviamente tienen también sus grandes diferencias, se pone nuevamente de manifiesto cuando se analiza un hecho muy significativo y que tiene que ver con este libro. En el último año de sus respectivas vidas y mientras competían en procesos electorales bastante similares, uno por la presidencia del Congreso y el otro por la presidencia de la República, tanto Pardo como Paniagua se valieron de la disciplina histórica para explorar la naturaleza de la política y la magnitud de sus desafíos y dilemas.

Durante los meses de exilio que Manuel Pardo vivió en Chile, los que antecedieron a su asesinato el 16 de noviembre de 1878 en la puerta del Congreso, el ex presidente redactó un notable ensayo de crítica histórica titulado «Estudio crítico sobre la *Historia de Belgrano* escrita por Don Bartolomé Mitre». La reseña de sesenta páginas que Pardo escribió entre Santiago y Valparaíso le permitió matar el tiempo y aliviar una gran tensión, producto no solo de un exilio que lo mantuvo por varios meses alejado de su familia, sino de los difíciles momentos por los que estaba atravesando el partido político que fundó en 1872. En efecto, mientras Pardo redactaba su sesudo análisis sobre la *Historia* de Manuel Belgrano, en Lima se estaba jugando el futuro del Partido Civil, el que en 1878 presentó una lista de candidatos a las elecciones del Congreso. Es por ello que no resulta aventurado afirmar que el texto que Pardo escribe durante los meses que anteceden a su muerte, al igual que lo que ocurre, como veremos más adelante con el de Paniagua, deben de ser interpretados a la luz de las historias, tanto políticas como personales, de sus respectivos autores.

En el ensayo escrito a propósito del libro de Mitre, Pardo subrayó el difícil rol que debía de cumplir el político hispanoamericano. En una interesante apuesta por la reconciliación entre las actividades filosóficas y las políticas, que alude al necesario encuentro entre la inteligencia y el poder, la reseña rescató el trabajo intelectual de Mitre, quien, de acuerdo a Pardo, se manifestaba exitosamente en la «república de las letras». Que un hombre de acción, como Mitre, ingresara con éxito al territorio de la narrativa histórica era un hecho excepcional.

Una serie de cartas escritas entre Pardo y sus correligionarios en el decisivo año electoral de 1878 muestran el hartazgo que el fundador del Partido Civil exhibe frente a una actividad, que por tener como único objetivo la captura del poder, es puramente contingente. «No quiero hablar de política», le escribe a Ricardo Espiell el 20 de enero de 1878, «lo que allí suceda (refiriéndose al Perú) ni lo hará Montero, ni lo hará Piérola, ni lo haré yo. Lo harán los acontecimientos como lo hacen siempre arrastrando ellos a los hombres y no dejando arrastrarse por ellos». La correspondencia muestra, asimismo, el compromiso partidario de Pardo el cual antepone incluso a su propia vida. En el obituario escrito por Vicuña Mackenna a raíz de su asesinato, el escritor chileno señaló que su colega peruano regresó a su país obedeciendo al deber que tenía con su partido. Sin embargo, es importante anotar que de la misma manera en que la correspondencia y la reseña anteriormente citada muestran aquella tensión irresuelta en Pardo —entre su apuesta por la voluntad humana y esa suerte de tácita aceptación del determinismo histórico— el ex presidente actúa en todo momento como un *homo politicus* dirigiendo desde Santiago la campaña congresal en la que su partido triunfa, e incluso anticipando sus movimientos ante la posibilidad de un eventual golpe de Estado en el Perú.

Al igual que Manuel Pardo, Valentín Paniagua reconoció en diferentes ocasiones de su vida la necesidad de tender puentes entre la República de las Letras y el quehacer político al que, también, le atribuyó características puramente contingentes. Es por todos conocida la relación especial que tuvo el ex presidente con esa silenciosa biblioteca que guardaba en su casa, la que se convirtió en su refugio contra los embates de una política cruel e imprevisible como la peruana. En el momento en que la historia del Perú se vio, sin embargo, desbordada por la contingencia, más aún empequeñecida hasta transformarse en una noticia banal en un tabloide sensacionalista, el conocimiento exacto de la tradición republicana que Paniagua fue acumulando a lo largo de sus años de estudio y de experiencia parlamentaria y partidaria le permitió lidiar con esa sucesión interminable de acontecimientos que preludiaron y sucedieron la caída del fujimorato. Dentro de una situación insostenible y que él mismo describió como tempestuosa, la República de las Letras peruana se convirtió en su ancla y en su guía personal. En el discurso que pronunció, algunos meses después de asumir la primera magistratura con ocasión de la apertura del año académico en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Paniagua señaló que cuando el mal agobiaba o cuando la angustia producía sobrecogimiento, la sociedad peruana debía volver su mirada a San Marcos, una institución que por estar «enaltecida por las luces de los grandes maestros» de la vida nacional simbolizaba «la más firme tradición libertaria de la República».

Es a partir de su particular visión de una tradición democrático-constitucional sumamente frágil como la peruana, que es posible entender el historicismo de Paniagua. La historia le aportó la necesaria perspectiva frente a un pasado irresuelto, un presente convulsionado y un futuro que, a pesar de todo, él veía como favorable para el Perú. «Un pueblo es una continuidad histórica», afirmó en el discurso que pronunció al recibir la distinción Honoris Causa en la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa, para más adelante recordar la existencia de un pasado glorioso del cual los peruanos debían enorgullecerse. En el mismo una civilización como la Inca logró desterrar el hambre e imponer por norma la solidaridad. La historia del Perú, de acuerdo a Paniagua, era la narración del permanente desencuentro entre una sociedad que apostó por la república y por la libertad y unas tendencias autoritarias intrínsecas que, de manera intermitente, se corporizaban en un Leviatán que no respetaba las bases primordiales del pacto republicano. El militarismo, unas veces mesiánico, otras pragmático, autocrático, plutocrático, tecnocrático o corporativo, fue la representación fidedigna de una mentalidad autoritaria que por el miedo a la libertad delegó en el «mandón de turno» la responsabilidad que cada peruano tenía de participar en la conducción y decisión del destino del país. Dentro del esquema histórico propuesto por Paniagua, el Estado de derecho no debía de ser visto tan solo como la suma de las instituciones. El mismo suponía una ideología basada en la cultura de la libertad, sustentada en el fundamento ético de la democracia, que es la equidad. La democracia, tanto en su dimensión política como social, requería enraizarse en el subconsciente colectivo y convertirse en el uso —y luego en una tradición— que solo se logra cuando una experiencia humana y social tiene la raíz en el pasado y continuidad en el futuro.

El diálogo más fecundo entre Paniagua y la experiencia histórica peruana se produjo en el conflictivo campo de la historia republicana donde el abogado y político mostró un vasto conocimiento sobre el pensamiento de los padres fundadores de la República, en especial de Faustino Sánchez Carrión, de Francisco de Paula González Vigil y de políticos notables como es el caso de Manuel Pardo. En el discurso que pronunció al asumir la presidencia de la Cámara de Diputados el 26 de julio de 1982, el representante por el Cusco recordó, citando a Jorge Basadre, «la supervivencia providencial del Perú y de sus instituciones a pesar de todas las pruebas y todos los contrastes». Dieciocho años después y en uno de esos momentos de prueba suprema para la república, el flamante presidente del Congreso señaló que la Patria estaba más allá y por encima de cualquier contingencia. Apelando a la tradición y el lenguaje republicano que tanto admiró y que le servirá de guía a través de los difíciles momentos de la transición, Paniagua destacó, en el discurso que pronunció al asumir la presidencia de

la República, el momento fundacional que creía estar presidiendo. «Nace hoy un nuevo tiempo. Se cierra una etapa y se abre otra en la historia del Perú. Un sentimiento de fe anima a los espíritus de la Nación». En esa ocasión reconoció, también, que una ilusión «acaso excesiva» sacudía a todos los peruanos. Todos querían creer que ese tiempo inédito inaugurado por su gobierno era de «un nuevo quehacer», de una tarea tal vez modesta pero «de profunda significación para el desarrollo nacional».

Luis Jochamowitz sostiene que con Paniagua uno podía tener la seguridad de que llegaba al poder alguien que conocía el doloroso y tierno pasado del Perú, alguien que intuía el río del tiempo, que percibía lo que significaba la historia, la sucesión de generaciones, la destrucción y el renacimiento de los sueños, el lugar de los individuos no como destinatarios de honores o bienes, sino como oficiantes de un rito que venía de atrás y que continuaría más adelante y a pesar de ellos. El Perú, recordó Paniagua en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, «un pueblo yacente y destruido por la furia del enemigo [refiriéndose a Chile] se alzó sobre sus ruinas y retomó valerosamente el camino de la historia para reconstruir, con fe y heroísmo, su destino». Quien sintiera desaliento debía de recordar a González Vigil, y como él, a centenares de próceres y héroes civiles que consagraron u ofrendaron su vida en defensa de una constitucionalidad que nunca vieron ni disfrutaron. En la ceremonia de entrega de mando el Presidente saliente reafirmó una vez más su fe en la historia patria al señalar que no había desafío que la nación peruana no hubiera superado en el pasado. Por ejemplo, vencer el desierto, sortear las breñas de la cordillera y de la selva tropical para construir ciudades, como signos de su voluntad de sobrevivir, en solidaridad, a pesar de todas las adversidades. Esa vieja civilización que, cinco mil años atrás, levantó en Caral, la Ciudad del Fuego, la más antigua civilización del hemisferio conservaba intactas todas sus reservas morales.

Paniagua entendió el murmullo de los ríos profundos que cruzan nuestra historia milenaria pero también comprendió las luces y las sombras del accionar político en el territorio de la contingencia. «Debo comenzar declarando que he sido, soy, y seguiré siendo, vitalmente, un político hasta que exhale el último aliento de mi vida» le confesó a un grupo de jóvenes que lo escuchaban en una conferencia. Lo que sorprende es que en un escenario de relatividad absoluta, como el peruano, donde la mayoría de los políticos están dispuestos a negociar todo, Paniagua se erige como un hombre de profundas convicciones. Él, como lo hizo Manuel Pardo en su momento, creía que el político además de ser el responsable de definir los grandes objetivos nacionales, tenía como deber supremo el servicio al país. Así, ética, política y obviamente la búsqueda del bien común eran conceptos inseparables. Luego del retorno de la democracia, en la

década de 1980, el diputado cusqueño propuso «un consenso histórico llamado a sobrevivir las contingencias de los partidos políticos y a las necesarias como inevitables mutaciones de la voluntad popular». Este consenso político, cuyo eje debía descansar en ideas y proyectos, era una tarea que exigía empinarse «por encima de las contingencias del acontecer diario» y de «las frustraciones de la experiencia democrática».

El propósito era definir una nueva frontera capaz de suscitar el espíritu creador de un pueblo que tenía el derecho de saber a donde lo conducían los hombres que los representaban. El asunto consistía en afirmar un nuevo quehacer relacionado a aquello que Basadre denominó «la promesa de la vida peruana». La historia reclamaba un nuevo ritmo a la política. Y es que la realidad, mucho más fuerte que cualquier esquema, terminaba siempre sobreponiéndose a los textos cuando la inercia o la ausencia de imaginación no eran capaces de imprimir a las instituciones un mayor dinamismo. De lo que se trataba, en realidad, era de llevar a cabo la gran revolución en la cual la política de los apetitos fuera sustituida por la política de las ilusiones, de abyecto oficio a noble empeño. Como se puede observar en sus escritos y discursos posteriores, la necesidad del nuevo pacto político, que Paniagua propuso un sinnúmero de veces, estaba estrechamente asociada con los desafíos que debía de confrontar el Perú en el tercer milenio. La globalización imponía, de acuerdo a sus palabras, abrir los mercados, liberalizar la circulación de los bienes, empresas y capitales y participar activamente en los procesos de integración en pos de un desarrollo sostenible y humano. La globalización obligaba, igualmente, a competir para conquistar un lugar bajo el sol usando, por vez primera, el instrumento más característico y radicalmente humano, como era el conocimiento, ahora al alcance de todos. En breve, las circunstancias mundiales exigían una pronta definición frente a un quehacer colectivo, es decir un proyecto nacional en el que la educación, la escuela y la Universidad, debían de jugar un papel fundamental.

Los caminos de Valentín Paniagua y Manuel Pardo se entrecruzan no solo porque el primero escribe un libro sobre el segundo y porque ambos estadistas creen en la necesidad de elevar la actividad política a la esfera de los proyectos nacionales tendientes al bienestar general, sino porque desde la década de 1850 en adelante el fundador del Partido Civil se propuso resolver un conjunto de problemas nacionales muy semejantes a los que Paniagua aborda a fines del siglo XX y principios de XXI. Cabe recordar que a mediados del siglo XIX una revolución industrial que afectó de manera especial a las comunicaciones —ferrocarril, vapor y telégrafo— creó entre las elites periféricas, como fue el caso de la peruana, una sensación de premura por incorporar al Perú a la modernidad capitalista. Los *Estudios sobre la provincia de Jauja*, escritos por Pardo

cuando tenía 25 años de edad, pueden leerse también como la respuesta de un intelectual peruano a los desafíos de la segunda expansión imperialista sobre la periferia. Dentro de esa importante coyuntura histórica, el asunto fundamental era evaluar cuáles eran los beneficios que el Perú podía obtener de un fenómeno que se percibe como inevitable. Discutir las posibilidades que tenía el país de renegociar una nueva relación con el imperialismo en expansión fue parte de la agenda de muchos que, como Pardo, intentaron «imaginar el desarrollo» para el Perú de la prosperidad falaz. Sin embargo, para que ello ocurriera era necesario institucionalizar al país, es decir establecer un pacto político interno más acorde con los nuevos tiempos. Una de las grandes coincidencias entre Pardo y Paniagua es que ambos analizaran los profundos cambios económicos por los que atraviesa el mundo desde una perspectiva política. La integración del Perú a la ola modernizante no podía dejarse, tan solo, a la fuerza contingente del mercado. Paradójicamente, tanto el accionar político de Pardo como el de Paniagua ocurren en medio de crisis políticas dramáticas, que suceden a la caída de gobiernos autoritarios y corruptos. Es así como en medio de la contingencia, tanto nacional como internacional, ambos políticos intentan anclar al Perú en su tradición republicana (constitucional y democrática) con la finalidad de fortalecerlo de cara a una modernidad capitalista que engendra el riesgo de fragmentarlo aún más.

En su libro sobre Manuel Pardo y el Partido Civil, Paniagua destaca cómo el fundador del civilismo se preocupó por dar a la sociedad peruana una orientación ideológica en un momento crucial de su historia. Correspondió también a Pardo «el mérito de haber intentado, con toda seriedad, la modernización de la política peruana y haber entendido que el régimen constitucional nació y vivía por obra de los partidos políticos». La preocupación que tuvo Paniagua respecto del futuro de los partidos en general y del suyo en particular se hace muy evidente en varios de los argumentos que esgrime en su libro póstumo. No es una coincidencia, entonces, que el mismo tenga por subtítulo «Apogeo y crisis del Partido Civil». Y es que el autor ve en el declive del Partido Civil y en el colapso de la política partidaria la causa directa del surgimiento de la «República Autocrática», una situación que, como bien sabía Paniagua el historiador, podía volver a repetirse en el futuro. En un discurso pronunciado en el 2001 el autor señaló que «sin partidos políticos y sin continuidad institucional» la democracia era, sencillamente, imposible en el Perú. Sin embargo, era también consciente de que los partidos, como órganos de representación e intermediación, atravesaban por una honda crisis que era mundial. El desarrollo de los medios de comunicación había debilitado a la democracia representativa, en especial al Parlamento. Dentro de ese contexto, el debate de los grandes problemas se había

trasladado a los medios de comunicación y era por ello que el parlamento no era ya la caja de resonancia de los grandes asuntos nacionales. Los partidos no eran, sin embargo, ajenos a una crisis que amenazaba las bases mismas del sistema democrático peruano. Su alejamiento del verdadero sentir del electorado permitía fortalecer la vieja y trillada idea que existía en el Perú respecto a los grandes errores de la política tradicional y de sus operadores corruptos.

Cuando Paniagua emprendió la tarea intelectual de escribir un libro sobre Manuel Pardo y el partido Civil estaba intentando entender una tradición política que él percibió como propia. En medio de los golpes bajos de una corrupción que logró rearticularse en el territorio contingente de la opinión pública, Paniagua volvió la mirada a lo que consideró como su hogar intelectual, un republicanismo severo y cívico, en el que fue posible, al menos por algunos años, combinar el quehacer partidario con los ideales. En donde palabras como ética, ley, austeridad, constitución o educación empezaron a tener algún sentido en un país marcado por la violencia y la corrupción. En su estudio sobre el civilismo, Paniagua también descubrió que los errores políticos de los herederos de Pardo tuvieron un alto costo en el largo plazo. La crisis de los partidos políticos, entre ellos el Civil, le allanó el camino a una nueva fase autoritaria, cuyas consecuencias debieron de ser confrontadas por la generación de Paniagua. Sin embargo, lo que ni Paniagua ni Pardo, al menos en este libro, lograron perfilar con claridad son los fundamentos políticos y culturales de ese autoritarismo contra el cual lucharon tenazmente. Porque si bien resulta absolutamente válida esa necesidad que tienen tanto el autor como su personaje de regresar, en momentos de inestabilidad y crisis, a las fuentes originarias de la tradición republicano-democrática, es también una tarea ineludible, para cualquier político que se precie de serlo, el acto de desenmascarar al adversario y entender sus artilugios. Es decir descubrir la manera como el autoritarismo corrupto logró dominar, y aún lo sigue haciendo, el territorio de la contingencia. El dilema aquí —y ese sería tema de otro ensayo— es saber si es posible desarrollar una nueva forma de hacer política en el Perú en la que sin dejar de lado los ideales y los proyectos, sea posible administrar las pasiones y los apetitos —elementos intrínsecos de la condición humana— y de esa manera dominar las enrevesadas reglas de un juego de poder que, como todos sabemos, fueron escritas a lo largo de varios siglos.

La organización de la política y el juego democrático es un imperativo en el Perú ante el inmenso desafío de la globalización. Como Gilles Lipovetsky ha señalado, este proceso ha significado la desvitalización de la «res publica.» Las grandes cuestiones económicas, políticas o militares, en ese contexto, despiertan la misma actitud que cualquier suceso de la farándula; vivir sin ideal y sin objetivos, entonces, resulta posible y hasta socialmente aceptable. Es el triunfo, en

suma, de un pragmatismo narcisista de consecuencias impredecibles. En estas circunstancias, la necesidad de esa nueva frontera a la que se refirió Paniagua en 1982 o del pacto republicano propuesto por Pardo en 1872 está lejos de ser un mero hecho «cultural» o «académico». Es, de suyo, un asunto de urgente necesidad política. No verlo así significa dejar la definición del camino de nuestra nación en manos de aquellos a quienes su falta de escrúpulos y su audacia mediática les permiten emitir señales de gran eficacia y efecto seductor, en el contexto de una situación que muestra claros signos de anomia y anquilosamiento intelectual. La tarea, entonces, es la creación de una comunidad crítica que entienda que es necesario bregar con el poder, ya que el mismo es una esfera inevitable de la acción inteligente y concertada. Las armas para el renovado combate de ideas que esta situación exige deberán ser la ética republicana, la solidaridad y la democracia. No es una mera cuestión declarativa. Solo teniendo la convicción de su eficacia será posible realizar la gran transformación político-cultural que el Perú demanda y que solo una actividad sistemática, colectiva y con agenda propia podrá lograr.

En este esfuerzo, el diálogo con el pasado es imprescindible. Rescatar voces premonitorias, volver a andar caminos truncos, recordar esfuerzos olvidados debería ser parte medular del método a aplicar. Mirando hacia atrás encontramos momentos brillantes de construcción de sociedad civil y momentos terribles en que intelectuales y propuestas sensibles han sido distorsionados, fagocitados por el poder, y luego arrojados sin misericordia. Ante el «hundimiento de las alturas» (Lipovetsky) que la globalización propicia, la mirada a lo propio, la vuelta hacia nosotros mismos, es un verdadero acto de preservación. El Perú, en ese sentido, está muy lejos de la orfandad. Quien mire con ojo avizor tras la superficie, encontrará, nítido, el perfil de una historia riquísima: las cordilleras del pensamiento, los bancos de coral de ideas en que se soporta ese inmenso océano de conocimientos aún no incorporado en la lucha cotidiana por la forja de la nación. ¿Es el Perú un país viable? Preguntan una y otra vez los incrédulos. Ir a ese enorme capital cultural, como lo hizo Paniagua en el presente libro, y utilizar esa experiencia histórica para reinventar una política nueva —ética, responsable y generosa— es, en verdad, la única respuesta posible.

Sewanee, 21 de mayo de 2007